

obispo de Plasencia D. Gutierre Vargas de Carvajal, personaje singular, de quien vamos á dar algunas noticias. Por de contado, sus apellidos dicen la nobleza de su linaje. Era su padre el licenciado Francisco de Vargas, individuo del Consejo Real en tiempo del rey católico y del emperador Carlos V, hombre á quien tributan las historias posteriores grandes elogios por su ingenio y habilidad, pero del cual nos presenta un retrato algo distinto quien le conoció más de cerca. Lorenzo Galíndez Carvajal, informando á Carlos V acerca de los miembros que componían el Consejo Real, dice así: «El licenciado Vargas es á lo menos hombre limpio de sus padres y asaz vivo en cualquier negocio, en tanta manera, que muchas veces se convierte su agudeza en mal. Tiene tantos oficios, que solo él tiene de salarios tanto como todo el Consejo. Antes de agora nunca venía al Consejo sino cuando quería hacer algún negocio que le tocaba, ó de sus amigos y deudos, y como pagaba á los del Consejo, podía hacer mal en lo que quería ponerse. En la hacienda ha sido codiciosísimo, y según la poca que él trujo, en poco tiempo ha llegado y gastado tanto, que no parece posible poderlo un hombre hacer. De su persona y honestidad dicen que se ha soltado mucho en ausencia de Vuestra Majestad» (1).

Algunas de las cualidades notadas en el licenciado Vargas pasaron á su hijo Gutierre, principalmente la soltura de costumbres y el brío en el pleitear. Educado en ejercicios caballerescos y cortesanos, entró éste por la senda de las dignidades eclesiásticas más con el deseo de acrecentar su grandeza que por vocación divina. El año 1519 el licenciado Vargas, mediante la omnipotente intervención de Carlos V, logró para su hijo la abadía de San Vicente en Toledo, cuando Gutierre era todavía un muchacho (2). Ya allí tuvo el infeliz un hijo natural, que se llamó Francisco de Carvajal, y para él fundó después un mayorazgo, que andando el tiempo vino á parar, por falta de sucesión, en el colegio de la Compañía (3). El año 1524, siendo todavía joven y sin haber estudiado casi nada, fué promovido al obispado de

(1) Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. 1, p. 124. Sobre el linaje de los Vargas puede verse á Quintana, *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la villa de Madrid*, l. II, c. CXXXIX y siguientes. *Item*, Alcázar, *Chrono-historia de la provincia de Toledo*, t. 1, p. 230.

(2) Véase la Real cédula en Alcázar, *ibid.*, p. 231.

(3) Alcázar, *ibid.* Tengase presente que si bien Alcázar escribía siglo y medio después, por los documentos públicos y particulares que cita muestra estar bien informado de estos sucesos.

Plasencia, por renuncia que hizo de esta mitra su tío el cardenal don Bernardino de Carvajal, aquel mismo que presidió el conciliábulo cismático de Pisa en 1511 y dejó tan poco gratos recuerdos en la historia de la Iglesia. El año mismo en que D. Gutierre tomó posesión de su silla, empezó á reñir con el cabildo (1), y durante unos treinta años nunca hubo paz entre él y los canónigos. Á todo esto vivía D. Gutierre muy á lo gran señor, malbaratando las rentas de su iglesia en la ostentación de su casa, sin enmendarse en ninguno de sus vicios. «Era el obispo, dice Ribadeneira, hombre de gran punto y mal sufrido, y en su vida licenciado» (2). ¡Y este hombre se sentaba en el concilio de Trento entre los Padres llamados á reformar la Iglesia católica! ¡Extraña anomalía! ¡Pero pluguiera á Dios que D. Gutierre fuese el único Padre tridentino que necesitaba las reformas del concilio de Trento!

Á pesar de tan graves defectos, campeaban en este prelado algunas buenas cualidades, muy propias del antiguo caballero español. Aunque era de pocos estudios, poseía buen entendimiento, sobre todo para la vida práctica. Juntándose con esto su carácter animoso y valiente, le hacían muy apto para grandes empresas. Generoso hasta la magnificencia, aunque gastó mucho dinero en lo que no debía, también lo empleó dignamente, como lo prueban las iglesias que edificó ó restauró en su diócesis y los cuantiosos donativos que en varias ocasiones concedió á Órdenes religiosas (3).

Este hombre singular trabó conversación en Trento con los PP. Laínez y Salmerón, y por ellos se aficionó á la Compañía. Entendiendo el bien que ésta hacía con los colegios, concibió el pensamiento de fundar uno en su diócesis. Comunicó sus ideas con el P. Laínez, y véase la candorosa ingenuidad con que éste refiere á San Ignacio los planes que iba trazando D. Gutierre:

«Para que el P. Polanco del todo no se burle de los colegios que él llama matemáticos, propondré á V. R. uno, que será real si contentare á V. R. El obispo de Plasencia, que es hombre poderoso y tiene treinta mil escudos de renta, después de haberle instado di-

(1) Véanse las *Actas capitulares de Plasencia*. Año 1524. Día 8 de Noviembre. Registrando los años siguientes, en esas mismas actas se ve cuán fuertes debieron ser los litigios entre el prelado y los canónigos.

(2) *Historia de la Asistencia de España*, l. II, c. III.

(3) Para conocer las liberalidades de D. Gutierre puede consultarse á Fray Alonso Fernández, O. P., *Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*. Madrid, 1627, desde la pág. 191 en adelante.

versas veces á que hiciese un colegio, nos propuso esto; y dice que hay dentro de Plasencia un heremitorio en el lugar más sano y más á propósito, con iglesia competente hecha, y lugar para poder hacer casa y huerto y con renta suficiente deputada para la fábrica. Ultra de esto hay fuera de Plasencia tres iglesias que tuvieron en otro tiempo cura de almas, en las cuales ahora no se oficia ni se dice misa, sino que dentro de ellas se recogen los animales y se hacen otros pecados: *et tamen* los beneficios de estas iglesias están en pie y los tienen los patronos; y tienen además cierta renta destinada á la fábrica. Querría el obispo fabricar el monasterio pegándolo al dicho heremitorio y que las rentas del heremitorio y de las fábricas se aplicasen al colegio, quedando en pie los beneficios curados, derribándose las iglesias y haciéndose otros tantos altares en lugar suyo en nuestra iglesia.

»*Item*, porque hay dos préstamos aplicados por un tío suyo al efecto de mantener un lector de gramática, querría que se aplicasen al colegio, y todo esto subirá cuando más á cuatrocientos escudos. Y en cuanto se haya obtenido de Su Santidad la licencia para hacer esto, dice que mientras él hace la casa, dará un palacio suyo, ó si no, uno de un sobrino, al cual podrían inmediatamente ir los Nuestros, y comenzar á ejercitarse en sus ministerios, y que él de un tirón hará la casa..... Cuanto á la Compañía, querría el obispo que se obligase á enseñar gratis la gramática y á leer una lección de casos de conciencia y enseñar á leer y escribir.»

Prosigue luego Laínez explicando otros pormenores del negocio y las dificultades que á él se le ofrecen, ya por las condiciones mismas de la oferta, ya por las discordias que dividen á las principales familias de Plasencia, discordias en que está metido el obispo; pero por fin, como dejándose arrastrar por el entusiasmo de D. Gutierre, continúa de este modo: «El obispo promete tanto fruto, así en las almas como en la dilatación de la Compañía, que piensa que con la buena y diestra conversación de los Nuestros se acabarán aquellos bandos [las discordias de Plasencia], y en breve tiempo se harán cuatro colegios en cuatro ciudades de su diócesis, y de ellos dilataráse la Compañía por toda la Andalucía.

»V. R. podrá mejor considerarlo todo, y darnos en breve la respuesta y las gracias, acéptelo ó no. Y por el amor de Dios, que no se quede la cosa en silencio, como se hizo con la de Maguncia, en nombre de cuyo obispo escribí que me respondiesen á ciertas preguntas que él hacía, y me mandasen las bulas de la Compañía, y hasta ahora

no he tenido respuesta: aunque me parece que al principio se respondió á aquella carta, pero sin tocar nada en lo del Maguntino, quizá por las muchas y varias ocupaciones del carísimo Polanco. Pero ya que se faltó con el Maguntino, por el amor de Dios que no se falte con el Placentino, porque es español y paisano, y casi hombre de guerra, y tal que por fuerzas de armas nos haría responder, si á buenas no quisiéramos.»

Luego en postdata añade Laínez: «Después acá he hablado con el obispo, y hecho que quite lo del leer y escribir; y véole tan caliente, y sé que es hombre de hecho y lo ha sido en el mundo, y espero lo será en las cosas de Dios, y he de procurar con las oraciones de V. R. darle los Ejercicios esta cuaresma, y ahora está tan caliente, que anda ya paseándose por el colegio de Plasencia, y lo ha ya trazado muy bien, y ha prometido su palabra, que así en el edificio como en la renta habrá antes sobra que falta; y dice que en el edificar es de contraria opinión de otros, y que querría que los religiosos pobres tuviesen buenos edificios, así porque no tienen otra recreación, como porque en los ruines edificios se gasta mucho en reparos, lo que no conviene á pobres» (1). Esto se escribía el 24 de Febrero de 1552.

8. No desagradaron á San Ignacio los ofrecimientos del bizarro D. Gutierre, y mientras llegaba el tiempo de ponerlos por obra, encargó al P. Laínez continuar las buenas relaciones con el obispo. Hízolo así aquél mientras estuvo en Trento, y cuando, terminada la segunda reunión del concilio en la primavera de 1552, pasó D. Gutierre á Venecia, fuéle á ver el P. Laínez, para mantener el calor de su entusiasmo. Venido á España el prelado, púsose en comunicación con San Francisco de Borja, á quien ya tenía prevenido San Ignacio sobre los planes de la futura fundación (2). Dilatóse ésta algún tanto en medio de tantas ocupaciones como entonces sobrevinieron á la Compañía de España. Por fin en el verano de 1554 se tomó con calor el asunto. Fué designado el P. Villanueva para abrir el nuevo colegio, y como por entonces se hallaba en Valladolid D. Gutierre, pasó á esta ciudad para verse con él, llevando en su compañía al P. Salinas. Poco les costó entenderse con el fundador, y trazado el plan de la fundación, se dirigieron ambos Padres á Plasencia (3).

(1) *Epistolae P. Lainez*. Estas cartas son las que escribió antes de ser General.

(2) Polanco, *Historia S. J.*, t. III, p. 366.

(3) *Litterae quadrimestres*, t. III, p. 84. Salieron de Alcalá ambos Padres el 18

Algunos días después llegaron los sujetos que habían de dar principio al colegio. Eran estos los PP. Martín Gutiérrez, Juan Pablo Álvarez, Juan Suárez, Dionisio Vázquez, Dr. Herrera y algunos Hermanos Coadjutores. Ya estaban todos reunidos en Plasencia á fines de Setiembre de 1554. El 14 de Octubre presentóse en la ciudad San Francisco de Borja (1).

Para aposentar á los Nuestros señaló D. Gutierre su mismo palacio episcopal, «y aunque tenía, dice el H. Cuenca, harta necesidad de la casa para sí y para algunos de sus criados, dejó sólo para su persona lo que era necesario, dividiendo lo demás como esté al cómodo nuestro; y está tan acomodada la casa, que parece que nuestro Señor la ha andado repartiendo, porque de tal manera estamos en su casa, que no estamos en ella, teniendo nuestra portería por fuera de ella, y una capilla muy graciosa y muy bastante, la cual también tiene su puerta afuera, de modo que comunicamos con el pueblo, y el pueblo con nosotros, sin tener que ver con la casa del señor obispo» (2).

Si el prelado se mostraba amigo de la Compañía, no lo era menos la ciudad de Plasencia. Hé aquí el acogimiento que, según refiere el mismo H. Cuenca, hallaron en los ciudadanos, y los primeros trabajos con que se empezó la vida del nuevo colegio:

«Publicada la venida de la Compañía á esta ciudad, fué tan grande la afición y amor que nuestro Señor puso comúnmente en toda la ciudad con su venida, que parece ser más milagro que obra de hombres, máxime á aquellos que conocen las enfermedades de esta tierra, las opilaciones grandes de odios y rencores tan antiguos como en ella hay, por haber en ella bandos y pasiones encendidas más que en otras partes, á los cuales les parecía ser imposible menos que con hacer nuestro Señor milagro, que la Compañía fuese recibida en esta tierra, pareciéndoles que, demás del mal aparejo que en las almas había para se aprovechar de esta obra, como los de una parte la recibiesen, los de la otra les parecería serían á ella contrarios. Pero como el Señor se dignó mover al obispo, como á pastor de estas ovejas, y darle deseos de traer aquí la Compañía para reme-

de Agosto, según se dice en esta carta, escrita trece días después, y no el 7 como escribió Alcázar.

(1) *Epistolae S. Franc. Borgiae*. Carta á San Ignacio, fecha en Plasencia el 31 de Octubre de 1554.

(2) *Epistolae mixtae*, t. IV, p. 496.

dio de ellas, así S. M. se dignó moverlas á ellas al amor y deseo de la misma obra.

»Á 17 de Octubre (1) vino el P. Francisco y el P. Bustamante y otros Hermanos. Después de haber visitado á los principales de la ciudad, en los cuales halló grande amor y afición, comenzando primero por las religiones de Santo Domingo y San Francisco, Su Reverencia predicó algunos sermones, y ordenó, como el P. Bustamante y el P. Dr. Salinas, predicasen *ad invicem* [alternativamente].

»Y porque el señor obispo deseaba se leyese aquí una lección de casos de conciencia, ordenó Su Reverencia que el P. Dr. Salinas leyese en la iglesia mayor cada día á la tarde después de vísperas, á la cual van la clerecía y muchos legos, y en todos por la gracia del Señor hay mucha edificación y fruto. Asimismo ordenó Su Reverencia que un Hermano fuese cada día á decir la doctrina cristiana á una iglesia principal, á donde van todos los niños y mucha gente otra del pueblo. Parece que nuestro Señor les da gusto y afición en la aprender, y los días de fiesta á las tardes y los domingos hace el P. Dionisio una plática sobre los mandamientos. Concorre tanta gente y tan principal, que con haber buenos templos en esta ciudad y ser aquél el mayor, muchas veces se vuelve mucha gente por no haber lugar para poder entrar á oír. Y tratando estos días de cómo se habían de ocupar en las fiestas y en qué, y el daño que trae ocuparse en leer libros profanos que son contra las buenas costumbres, y pidiéndoles no quisiesen tener tales libros y que se los enviasen, han traído á esta casa mucha cantidad de libros de esta suerte, para que los hiciésemos quemar. Tócase con la mano el fruto que en la doctrina cristiana y explicación de ella se hace. Está la gente de la ciudad tan piamente aficionada, que donde uno de la Compañía predica, por grande que sea la iglesia, siempre falta lugar» (2).

Con estos bríos empezó el colegio de Plasencia. San Francisco de Borja, dejando bien establecida la comunidad, se partió por Noviembre á Sevilla, y en los meses siguientes no disminuyó un punto ni la diligencia de los Nuestros ni el afecto de los placentinos. Un año después de llegados los Padres, cuando ya estaba bastante adelantada la construcción del edificio, se trató de la dotación. Don Gutierre seguía tan rumboso como antes. Oigamos al P. Villanueva referir á San Ignacio el éxito de este negocio en carta escrita de Valladolid á 20 de Noviembre de 1555: «Tomóse por medio [para negociar

(1) Fué á 14, como lo prueba la carta del santo citada más arriba.—(2) *Ibidem*.

la dotación] que el P. Francisco fuese á ver al obispo á Jaraizejo y yo fuese con él, y allí se tratase de la dotación; y para mejor efectuarlo, llevamos al provisor que se dice el Dr. Ayora, muy devoto nuestro.

»El obispo estuvo tan liberal y tan bueno en todo, que la dota [á la casa] para cuarenta personas, á cincuenta ducados cada una, y demás de esto deja para fábrica y otros extraordinarios, de manera que podrán estudiar de la Compañía veinte estudiantes en aquel colegio.... En lo del edificio no menos liberal se ha mostrado el obispo que en la dotación. Porque tratando de la seguridad del edificio y que hiciese alguna donación, por si él muriese, determinó de darme á mí poder en causa propia, para cobrar todos los frutos del año pasado de su obispado, lo que es en dineros, que serán diez y ocho mil ducados, y que yo sea el tesorero y él el obrero; de modo que en todo parece que el Señor le anima y esfuerza en esta obra. Yo, Padre mío, deseo mucho mandase V. P. que en la Compañía se tomase muy á cargo esta alma de este obispo» (1).

Al mismo tiempo que arreglaba la dotación del colegio, arregló el P. Villanueva otra cosa más importante, cual fué la conciencia de D. Gutierre. Agradecidos nuestros Padres á los favores del obispo, habían tomado muy á pechos encomendarle á Dios para alcanzarle del cielo una sincera conversión. Sobre todo, San Francisco de Borja no cesaba de ofrecer oraciones, misas y penitencias por el alma de D. Gutierre. Ya cuando el santo estuvo en Plasencia por Octubre de 1554, consiguió del prelado que atendiese algo más al desempeño de su oficio pastoral, y ya que por su avanzada edad y enfermedades no podía cuidar personalmente de todo, propúsole Borja que designase algunas personas prudentes, las cuales, visitando los pueblos más importantes de la diócesis, remediasen algunas cosas, cuyo abandono escandalizaba á los fieles (2). Obtenida esta ventaja, retiróse el P. Francisco de Plasencia, esperando firmemente que la gracia consumaría la obra con la reforma radical de D. Gutierre.

Algunos meses después, por Marzo ó Abril de 1555, según se desprende de la narración de Polanco (3), entrando Villanueva á ver al obispo, vino á decirle en sustancia estas palabras: «Aquí nos ha traído V. S.^{ria} para hacer bien á sus ovejas; pero es necesario empezar por el pastor» (4). Sorprendióse D. Gutierre al oír estas palabras;

(1) *Epistolae mixtae*, t. v, p. 95.—(2) *Epistolae S. Franc. Borgiae*. Montilla 18 de Febrero de 1555.—(3) *Historia S. J.*, t. v, p. 480.—(4) Castro, *Historia del colegio de Alcalá*, l. vi, c. i.

pero como amaba á Villanueva y le gustaba la franqueza en el trato, no por esto se desazonó. Explicándose más el Padre, indicó al prelado que debiera retirarse algunos días para hacer los Ejercicios espirituales. Respondió D. Gutierre que ya los había hecho (1). Observó Villanueva, que no era lo mismo tomar las meditaciones sueltas entre el bullicio de los negocios, y hacerlas en el retiro de la celda, atendiendo al único negocio de la salvación. Su deseo sería, que se retirasen los dos por veinte ó treinta días á algún sitio apartado, y allí él le iría proponiendo con todo sosiego los Ejercicios. Aunque hubo sus dificultades, y el obispo se mostró al pronto algo rehacio, por fin admitió el consejo, y por el otoño de 1555 se retiró con el Padre á Jaraizejo.

El efecto de los Ejercicios fué maravilloso, como lo era casi siempre cuando los daba el gran Villanueva. Á principios de Noviembre llegóse á Jaraizejo San Francisco de Borja, y con indecible alegría conoció que Dios había escuchado sus oraciones (2). Don Gutierre procedió en su conversión con la franqueza marcial que animaba todas sus acciones. Reconcilióse sinceramente con el cabildo, puso su conciencia y todos sus haberes en manos de San Francisco de Borja. Á voz de pregonero hizo anunciar por toda la diócesis que quien hubiera sido perjudicado en alguna cosa por el señor obispo se presentase en Plasencia ante tres eclesiásticos respetables, designados por el P. Francisco, los cuales le darían cumplida satisfacción. Para desempeñar mejor la conciencia del prelado, suplicóle el santo que retuviese la mitad de lo que había ofrecido á la Compañía. No contento con cumplir las obligaciones sustanciales, procuró D. Gutierre ajustarse á una vida modesta y ejemplar. Moderó cuanto pudo los gastos de su persona y servidumbre, hizo la penitencia que sus años y achaques le permitían, distribuyó cuantiosas limosnas á los pobres, vivía en su palacio acompañado solamente de algunos eclesiásticos ejemplares, y en los tres años y medio que le duró la vida, fué D. Gutierre modelo de virtudes episcopales. Adivínase fácilmente el aprecio de la Compañía que esta conversión produjo en el pueblo, y más cuando vino á entenderse la generosidad de San Fran-

(1) Por esta respuesta que nos refiere Polanco (*Historia S. J.*, t. v, p. 480) se colige que el P. Lainez debió dar á D. Gutierre algunas meditaciones allí en Trento ó en Venecia.

(2) Polanco, *ibid.*, p. 481.